

RÍOS SALOMA, Martín, *La conquista de México. El nacimiento de una monarquía global*, Madrid, La esfera de los libros, 2024, 220 págs. ISBN-10: 8413849411; ISBN-13: 978-8413849416.

Antonio García Espada<sup>1</sup>

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfiv.38.2025.45350>

La conquista de México es un asunto candente, cargado de connotaciones ideológicas en torno a disputas que van más allá de la habitual polarización partidaria. En juego están complejas cuestiones de naturaleza filosófica sobre el sentido de la historia y algunos de sus pilares epistemológicos (las nociones de nación, civilización, progreso, incluso causalidad). Los 500 años que nos separan de su comienzo no hacen sino añadir importancia a este acto iniciador de una historia compartida «no solo entre España y México sino entre América, el Mediterráneo, Asia y África» (p. 16). El nacimiento de este fenómeno auténticamente global, en cambio, viene desde antiguo siendo leído desde trincheras ideológicas pretendidamente contrapuestas (las de la patria, la raza, la derecha, la izquierda), llegando por último a un nivel de periodismo que solo aspira a su máxima simplificación, a convertirlo en expresión de odio/victimismo, chovinismo/puritanismo. Se trata de un periodismo especialmente pobre que sin embargo tiene una repercusión social nunca vista antes y que deja al esforzado mundo académico de la investigación especializada ante la dolorosa evidencia de su propia extravagancia. De ahí que haya que empezar celebrando la iniciativa de la editorial La Esfera de los Libros y su elección de Martín Ríos Saloma para nadar a contracorriente e intentar reubicar el debate en un campo ideológico (pretender lo contrario sería antiacadémico) de calidad, enriquecido con lo mejor que puede dar de si el método histórico, con el fin último de contribuir a «hacer frente con mayor eficacia a los enormes desafíos del presente y del futuro» (p. 196).

Dicho método histórico es difícil de definir y aun más de dominar. Es importante la experiencia, la especialización, cultivar la perspectiva historiográfica, global y de larga duración, es decir, ver las cosas desde el mayor número de ángulos posible, sin dar nada por sentado ni evadir la incertidumbre. Ríos Saloma lleva décadas haciéndolo y eso logra transmitir al lector de esta breve obra una valiosa sensación de seguridad desde su primera página. El autor nos ubica para empezar en un lugar y un momento preciso (el México-Tenochtitlan del 13 de agosto de 1519) y nos propone un orden narrativo, una sucesión cronológica clara, unos personajes bien definidos, ricos y contradictorios pero concretos, en unos escenarios bien referenciados y fáciles de localizar. Es desde aquí que Ríos Saloma consigue hacer más explícita la necesidad de superar la idolatría del personaje y el evento (los Hernán Cortés y Moctezuma, los antes y los después, los hitos y los héroes) para ubicar el sujeto de estudio en un campo de fuerza creado a base de tensiones entre una

---

1. UNED. [garcia.espada@geo.uned.es](mailto:garcia.espada@geo.uned.es). ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1158-1018>



multitud de actores con diferentes grados de implicación, pero con rationalidades perfectamente equiparables.

Esto permite al autor leer los hechos desde diferentes conjuntos de fuentes, producidas a lo largo de todo el espectro que va desde los conquistadores a los conquistados, consiguiendo precisamente liberarnos de la pesada carga teleológica de uno y otro concepto. Así, los capítulos centrales de la obra (los que tratan la llegada de los españoles al continente, su toma de contacto con las poderosas entidades políticas del Valle de México y su inserción en uno de los dos grandes bloques de alianzas —lo que permitirá a los castellanos primero conocer Tenochtitlan y después dirigir el asedio y la destrucción de la Ciudad) devuelven al lector esa sensación de realidad que se tiene ante una situación no resuelta, susceptible de un desenlace o de su contrario. De esta técnica narrativa se sirve Ríos Saloma para trasmitir la excepcionalidad del acontecimiento (seguramente único en la historia de la humanidad), haciendo innecesarios obsoletos mitos nacionalistas sobre la incontestable superioridad tecnológica (¿solo militar?) de los mediterráneos o la deificación de los recién llegados por parte de los mesoamericanos. Ambos grupos humanos integraron al otro en sus correspondientes matrices mitológicas, los europeos convirtiendo a los americanos en demandantes de la salvación cristiana y los americanos asignando a los europeos un lugar en sus poblados panteones para domesticarlos y apoderarse subrepticiamente de la fuerza de su novedad. Si bien una y otra estrategia pueden prefigurar los orígenes de la colonización moderna y la resistencia indígena, el valor del método histórico está precisamente en la posibilidad de liberar dichas genealogías de la inexorabilidad y el fatalismo. Este mismo itinerario es el que permite emancipar la noción de civilización de la tecnolatría que pretende convertir la capacidad de matar y destruir, es decir, de separar al hombre de su medio y su especie, en un indicador de pragmatismo y efectividad. Ríos Saloma prefiere dirigir nuestra atención a la inteligencia humana capaz de adaptar y sacar el máximo partido a venerables instituciones para asimilar lo nuevo, alcanzar acuerdos y dar continuidad a voluntades hasta entonces completamente desconocidas entre si (pp. 93, 192, etc.).

En su afán de ampliar las coordenadas históricas desde las que leer la conquista de México, Ríos Saloma dedica una parte importante de su estudio a los procesos de larga duración de las naciones tanto mesoamericanas como ibéricas. Los siglos anteriores a la conquista son puestos en valor en tanto describen trayectorias que incrementan la coherencia de los actos de unos y otros. La creciente militarización de las sociedades mesoamericanas en respuesta al aumento de los movimientos migratorios a lo largo de toda su geografía, enmarcan con sentido la formación de alianzas, así como su inestabilidad y la necesidad de funcionar continuamente en modo expansivo (pp. 55-59). Los recién llegados fueron recibidos desde dicha lógica mientras que la comprensión cortesiana de este hecho será fundamental —incluso antes de consumada la victoria de un bloque de alianzas sobre el otro (p. 150)— para, con el tiempo, permitir a la monarquía hispánica tomar la delantera frente al resto de actores políticos indígenas.

Igualmente, los conquistadores castellanos y detrás de ellos los funcionarios regios y los misioneros católicos son producto de una experiencia histórica concreta,

manejada con gran solvencia por Ríos Saloma, de enfrentamiento contra los reinos musulmanes de la península ibérica que, sobre todo a partir del siglo XIII, orienta poderosamente el desarrollo de las instituciones políticas, económicas y culturales que a finales del siglo XV permitirá a la monarquía de los Reyes Católicos afirmar su posición frente a la nobleza, la Iglesia y otros reinos cristianos. Primero las Canarias y después las Antillas elevarán vertiginosamente el arco de la curva de aprendizaje permitiendo respuestas rápidas a desafíos únicos como los encarados primero en el valle de México y poco después en toda Mesoamérica.

Esto no significa que la conquista de México pierda singularidad o quede incrustada en un proceso histórico predominantemente europeo, como distinguidos medievalistas a ambos lados del Atlántico han venido proponiendo (p. 194). Ríos Saloma completa la perspectiva de larga duración con una extraordinaria apertura del foco geográfico para proponer un marco de inteligibilidad propiamente euroasiático. El salto de los reinos ibéricos al otro lado del Mediterráneo, primero al norte de África (Ceuta, 1415) y después a los archipiélagos atlánticos, son continuación de la Reconquista portuguesa, castellana y aragonesa. Pero la fuerza que orientó en un sentido y no en otros este movimiento de la cristiandad latina se comprende mejor desde el Oriente mediterráneo y su conexión con el Océano Índico, Persia y las estepas centroasiáticas mediante los imperios mameluco, otomano y mongol. Fueron estos últimos, liderados por Chinggis Khan quienes consiguieron en el siglo XIII unificar por primera vez en la historia todos estos ámbitos socioculturales, desde China hasta el Mar Negro, llevando al Mediterráneo la oportunidad/necesidad de participar en una carrera global por asegurar primero la supervivencia y después la prosperidad. La respuesta de los europeos al desafío mongol (el desarrollo de la imaginación geográfica, la cartografía, la literatura de viajes, las redes comerciales de largo recorrido, la sincronización de agendas misioneras y mercantiles, el gusto por lo exótico y un largo etc.) es particularmente relevante de cara a entender su viaje a América.

Martín Ríos es (hasta donde ha podido comprobar quien esta reseña suscribe) el primero en hacer explícita esta conexión dentro del estudio de la conquista de México (pp. 19-30). Y no lo hace para satisfacer una propuesta teórica sino para dar sentido a las repetidas menciones a las cruzadas, la Tierra Santa, el Preste Juan, el Gran Khan, el Cipango y el Catay no solo en las fuentes colombinas sino en las cortesianas también (pp. 49, 73, 78, 153, 155, 163, etc.). El empeño por llegar a China e India es una de las fuerzas motrices de la incorporación de México al naciente imperio español y su estudio no puede seguir considerando este tipo de evidencias documentales como insustanciales o a lo sumo circunscritas al ámbito de la fantasía (p. 43). Las posibilidades en este sentido son vastas y apenas exploradas. Martín Ríos apunta en esa dirección, por ejemplo, al abordar la encomienda india (pp. 171-177) como expresión de un complejo entramado de actores, intereses y jurisdicciones surgidos de la extraordinaria dilatación del *orbis christianorum* bajomedieval que con la incorporación de México en calidad de reino y de sus habitantes mesoamericanos como fuerza productiva coaccionada acabaron dando forma a una monarquía policéntrica. Esta forma de imperialismo es peculiar y debe ser razonada en un continuo histórico como, por ejemplo, el que va de la integración euroasiática del

siglo XIII a la integración global del XVI, caracterizado precisamente por una radical ampliación del marco espacial, la asimetría de las fuerzas convocadas, la soluciones siempre provisionales y negociadas.

Son muchos otros los fenómenos particulares que el autor de esta concisa obra explora. Los límites elegidos para abordar el objeto de estudio son correspondidos con una escritura de trazo largo y ágil que aun privilegiando los personajes y la narración ordenada de la vivencia (viajes, guerras, traiciones, amistades, caídas) consigue dar espacio a reflexiones precisas sobre aspectos clave como, por ejemplo, las nociones de sacrificio y autosacrificio entre los pueblos mesoamericanos (pp. 63-68); el complejo significado de la mediación política femenina y su centralidad en el proceso de conquista —personificado en la extraordinaria Malintzin (pp. 81-83, etc.); el devastador (e imprevisto) impacto de las enfermedades y los hábitos europeos en la salud de los cuerpos humanos, animales y vegetales de América (pp. 114-117); el aprovechamiento en benéfico propio por parte de determinados linajes indígenas de la burocracia y otras formas de representación típicamente europeas (pp. 95, 147, etc.); y, viceversa, el aprovechamiento por parte del emperador del nicho simbólico dejado por el tlatoani (p. 152); la extraordinaria proliferación de ciudades en el Virreinato pero leída también como continuación no solo de la rica tradición urbana mesoamericana (p. 177) sino incluso del trazado original de México-Tenochtitlan (p. 141); etc.

Este pulso entre lo cercano y lo lejano, entre el detalle y el cuadro, caracteriza la mirada global y de larga duración construida por Ríos Saloma de abajo a arriba, en esta obra. El alto vuelo logrado por el autor no es producto de un distanciamiento con respecto a la fuente sino de una lectura crítica lograda mediante una sustancial ampliación de la base documental de referencia y una atrevida multiplicación de las coordenadas analíticas. Con esto supera el propósito divulgativo para el que originalmente está concebida la obra. Quienes solo busquen iniciarse en el tema agradecerán la claridad de escritura y su ritmo casi novelesco. Los más ambiciosos tendrán además oportunidad de apreciar una forma de hacer historia a la altura de nuestro desafiante presente.